

FRANCISCO BURILLO MOZOTA

Cuando Roma comenzó a conquistar el interior de la Península Ibérica, a finales del siglo III a. C., identificó la región de la Celtiberia en torno al Sistema Ibérico central, vasto territorio compartido actualmente por las comunidades autónomas de Aragón, Castilla-León, Castilla-La Mancha y La Rioja. Por lo tanto, la actual comarca de la Comunidad de Calatayud se incluye, toda ella, en la antigua Celtiberia.

La dispersión de los textos indígenas, actualmente conocidos, confirma que los habitantes de la etapa prerromana de dicho territorio hablaban una lengua de origen indoeuropeo, denominada por los lingüistas como *celtibérica*. Las investigaciones arqueológicas han demostrado que las comunidades que desde el Bronce Final ocupaban pequeños castros, dedicados esencialmente a la explotación cerealista de los campos de su entorno, comenzaron a acusar cambios importantes a partir del siglo VI a.C. Se detectan por la aparición de nuevos objetos, indicio de la llegada de nuevas costumbres. Los más destacados arqueológicamente serán los de hierro y las cerámicas fabricadas a torno. Poco a poco aprenderán la metalurgia del hierro y sabrán forjar instrumentos y armas, con tal pericia que los escritores clásicos hablarán de las armas templadas en las aguas del río Jalón. Hoy sabemos que la fama alcanzada por la dureza y flexibilidad de sus espadas era merecida, pues los actuales análisis metalúrgicos han demostrado que ese hierro llegó a ser verdadero acero. También aquellos celtíberos, conocieron el movimiento del torno alfarero, la decantación de la arcilla y la cocción de vasijas en hornos complejos donde estaba separada la cámara de combustión. Las abundantes cerámicas, presentes en poblados y cementerios celtibéricos son el mejor testigo del desarrollo alfarero que debió existir, y del que ya se conoce el importante conjunto descubierto recientemente en Nuévalos.

Pero el proceso histórico debió ser complejo, dado que este territorio comparte con el valle medio del Ebro durante el siglo V a. C. una de las crisis más impor-

tantes de su historia, testimoniada por la destrucción y abandono de buena parte de los antiguos asentamientos. La desaparición de hábitats como el Cerro Ógmico en Monreal de Ariza nos muestra el inicio de dicha crisis. Suponemos que como consecuencia de las convulsiones surgidas ante el cambio de una sociedad igualitaria a otra en la que comienza a surgir la desigualdad. Todavía no conocemos los avatares que se desarrollaron a lo largo de este siglo, pero sí que se puede afirmar que no parece que hubiera invasiones, y que las transformaciones se realizaron dentro de los propios territorios.

Las consecuencias se comparten también con otros ámbitos peninsulares. La más importante será, sin duda alguna, la aparición de los primeros estados, cuyo testimonio más evidente se encuentra en la emergencia de las primeras ciudades en el siglo IV a.C.. La arqueología nos muestra, nuevamente, la diferencia entre los pequeños castros, similares en sus dimensiones a los que existían con anterioridad en este territorio, y las nuevas ciudades, donde sus varias hectáreas de extensión suponen una concentración inusitada de población, pero sobre todo una nueva estructura del poblamiento del territorio. Por primera vez éste se jerarquiza, surgen los centros donde residirá la nueva estructura de gobierno formada por una aristocracia, que fiscalizará los recursos de los abundantes castros que encontramos diseminados por todas las poblaciones actuales. *Segeda*, en su inicial ubicación en el Poyo de Mara, será la primera capital de la reciente comarca de Calatayud.

Sabemos que a principios del siglo II a.C., *Segeda*, se encuentra en el territorio que Roma conquista en su avance hacia el interior del valle del Ebro. Esta ciudad aparece citada por Apiano como una de las que firmaron los pactos de Graco hacia el 179 a.C. La información proporcionada por las fuentes escritas, los hallazgos numismáticos y la información arqueológica, nos ofrecen uno de los testimonios más claros a escala peninsular del proceso de cambio que debió suponer la llegada de Roma a estas tierras del interior, donde si bien se les impone fuertes tributos, en metales preciosos y hombres para su ejército, les dejará total autonomía y permitirá que acuñen monedas en su propia lengua.

«Segeda es una grande y poderosa ciudad de los celtíberos llamados belos», comentará Apiano. A esta etnia de los belos pertenecía *Bilbilis*, pero se extendía más allá, por el Jalón medio donde se encontraba *Nertobriga* (¿La Almunia?), llegaba hasta la Huerva con *Contrebia Belaisca* (Botorríta) y al Aguas Vivas con *Beliciom* (Azuara) donde limitaba con los íberos sedetanos y ositanos. En todo este amplio territorio *Segeda* es la primera ciudad que comienza a emitir monedas con su nombre en celtibérico, que hoy leemos como *sekeida*. En esta primera etapa acuñó denarios de plata, de los que sólo se ha salvado un ejemplar aparecido, junto con otros objetos de plata, en una ocultación descubierta en Salvacañete (Cuenca). Esta ausencia de hallazgos es compartida con otras ciudades emisoras, dado que la mayoría de los denarios acuñados en esa etapa formarían parte de los tributos



Fotografía aérea de Segeda I (término municipal de Mara) con las áreas excavadas

pagados a Roma, donde se volverían a fundir junto con la plata entregada por otras ciudades del valle del Ebro. También emitió ases en bronce y una serie de divisores menores: *semis*, *triens* y *cuadrans*. Mostrándonos la existencia de todo un sistema monetar, necesario en las transacciones económicas que se desarrollarían con los soldados romanos acantonados y con los comerciantes itálicos, a juzgar por la aparición, en las excavaciones realizadas en el Poyo de Mara, de ánforas que contenían vino procedente de aquella península y vasijas de lujo de similar procedencia, esencialmente vasos de cerámica denominada *campaniense*, empleados para beber ese preciado líquido.

El desarrollo político y económico de *Segeda* llegó a ser tal que siguiendo el relato de Apiano de Alejandría: «Sus habitantes se propusieron que la gente vecina de ciudades más pequeñas abandonasen sus lugares y se congregasen en su ciudad, a la que rodearían de una muralla de cuarenta estadios de circunferencia, obligando a esto al vecino pueblo de los titos». Las actuaciones arqueológicas han demostrado la veracidad de estos hechos al descubrir la existencia de una gran ampliación de la ciudad, a los pies del Poyo, en los terrenos sedimentarios que se extienden junto a la rambla de Orera. Allí se ha excavado parte de una manzana de casas con, al menos, tres viviendas, a juzgar por otros tantos hogares situados dentro de amplias habitaciones. El trazado reticular de los muros muestra la existencia de una planificación de la expansión urbana, pero la utilización del propio suelo natural



Área 3 o Casa de los Titos

sin horizontalizar, el empleo de cantos rodados para los zócalos de los muros de tapial y la construcción de viviendas de una sola planta nos muestra la rapidez con que se dio cobijo a los forzados colonos. La aparición de un pequeño horno para fundir hierro en un espacio abierto y comunicado con uno de los hogares, es la más antigua evidencia conocida del proceso de transformación de la metalurgia de hierro. Los análisis realizados sobre los contenidos de las vasijas descubiertas nos hablan de la economía y dieta alimenticia de estos celtíberos: cultivo de cereales, trigo y cebada, de verduras como la borraja, recolección de bellotas, transformación de productos lácteos, fermentación de la cebada para obtener la *caelia*, la cerveza de la época, y el consumo de vino. Los huesos de los animales indican que su ganadería se basaba en la oveja y cabra, con presencia en menor proporción de vacas y cerdos, y caza de ciervos y conejos.

Las excavaciones realizadas en una de las laderas del Poyo donde se levantaba la acrópolis de la ciudad nos acerca a la construcción de los antiguos segedenses. Se ha descubierto un muro de mampostería de 2,60 m de altura, correspondiente a una edificación de dos alturas, con muros medianiles de tapial y adobe. El interior de este espacio se hallaba revocado en barro, encalado y con una amplia franja inferior pintada en negro a modo de zócalo. Esto es, nada habría de primitivo en este lugar, dado que la sensación que debiera tener quien entrara en esta vivienda no debiera de ser distinta de la que se sintiera si al penetrar en una casa de Roma o de Atenas, mostrándonos como los segedenses se habían llegado a adaptar a las nuevas modas mediterráneas. Uno de los espacios descubiertos contenía pequeños hornos de arcilla, situados en batería y destinados muy probablemente a los procesos de fabricación de objetos de bronce, siendo testimonio de ello la aparición de las dos piezas de una trefiladera, destinada a estirar los alambres. Otro de los espacios contenía un pequeño lagar de 2 por 1 m, construido con yeso, lo que corresponde al testimonio más antiguo de toda la Celtiberia de elaboración de vino, y muestra evidente de que los segedenses ya cultivaban las vides.

También se ha descubierto, bajo el actual camino de Mara a Sediles, parte de un lienzo de la muralla citada por Apiano, distante 700 m del Poyo. Su trazado se desconoce y de seguro que su perímetro sería inferior a los 8 km. que el clásico señala, aún así rodearía una extensión mínima de 40 ha, y aunque parece que la mitad de este espacio no pudo llegar a urbanizarse, puede darnos idea la importante extensión alcanzada por esta ciudad si la comparamos con la que tuvo la otra gran ciudad celtibérica del interior, *Numancia*, y que



Lagar de *Segeda I*



Muralla de *Segeda II*
(término de Belmonte de Gracián)

en los últimos cálculos realizados por su actual excavador, Alfredo Jimeno, limita a 8 ha. para esta etapa. Fue precisamente la construcción de la citada muralla la que motivó la expresa declaración de guerra de Roma a *Segeda* en el año 154 a.C., desplazando para ello la elección de los cónsules desde los *idus* de marzo al 1 de enero, muy probablemente como estrategia de guerra. Sabemos que la batalla que enfrentó a romanos y celtíberos tuvo lugar el día de Vulcano, el 23 de agosto, mientras

que de no haber realizado el citado cambio hubiera tenido lugar en los inicios de los fríos inviernos celtibéricos. De la importancia dada por Roma a *Segeda* es testigo el hecho de que llegara a movilizar un ejército de 30.000 hombres, cierto es que también Apiano nos informa de la alianza de los segedenses con los numantinos arévacos. La tropa que estas dos ciudades-estado, distantes entre sí unos 100 km., llegó a ser de 20.000 infantes y 5.000 jinetes, lo que nos indica lo poblado que se encontraba este territorio del interior del Sistema Ibérico controlado por estas dos ciudades, que se puede calcular unas 125.000 personas.

El abandono de la antigua ciudad de *Segeda I*, dio lugar a la construcción de una nueva junto a sus ruinas, en Durón de Belmonte de Gracián. Esta ciudad de 16 ha. seguirá acuñando monedas hasta su destrucción con las guerras sertorianas, hacia el 73 a.C., momento en que se abandonará definitivamente pasando el centro del territorio a *Bilbilis Itálica*, en el cerro de Bámbola, lugar a donde se supone que también se desplazará la población de la importante ciudad de *Bilbilis* celtibérica, sita en Valdeherrera, junto a la Calatayud actual, con un desarrollo cronológico paralelo *Segeda II*.

Otras dos ciudades celtibéricas se señalan en el territorio de la actual comarca de Calatayud, *Attacum* cuyo nombre conocemos en época imperial romana y que tradicionalmente se ubica en Ateca, aún cuando no se ha identificado el yacimiento arqueológico que le correspondería, y *Arcobriga* en Monreal de Ariza cuyos niveles indígenas, si existieron, nos son también desconocidos. Esta ciudad fue dada a conocer en 1909 por Enrique de Aguilera y Gamboa, marqués de Cerralbo, en su obra el *Alto Jalón*, publicación con la que se inicia el conocimiento de la arqueología de este territorio. El denominado *castro ciclópeo* de Santa María de Huerta, en el mismo límite de la provincia de Zaragoza y Soria, será el primero de los más de treinta poblados celtibéricos actualmente conocidos en toda la comarca, mostrándonos, en su situación junto a las mejores tierras, la vocación agrícola de sus habitantes. Uno de ellos ha sido recientemente descubierto, en las excavaciones realizadas por J.L. Cebolla y J.I. Royo, bajo el mismo solar de la actual ciudad de Calatayud.

Pero la fantasía de la época llevó al marqués de Cerralbo a interpretar más allá de lo razonable, en un lugar cercano a *Arcóbriga*, restos correspondientes al sitio donde creía que se celebraba la «Asamblea Celtibérica» y se situaba la «Piedra de Sacrificios Humanos», ritos sangrientos de mitos inexistentes que nunca se dieron, a pesar de lo cual han seguido repitiéndose con la misma credulidad de quien los inventó. Si el sentido común no fuera suficiente para identificar como fantasiosas estas interpretaciones, las recientes excavaciones arqueológicas dirigidas por A. Gonzalo han demostrado que las únicas cerámicas que pudieran fechar las construcciones allí descubiertas, de funcionalidad desconocida, corresponden a época medieval.



Vista aérea de Arcóbriga (Monreal de Ariza)

Distinta es la información existente sobre el ritual funerario celtibérico. La denominada necrópolis de *Arcóbriga* es un ejemplo que indica la existencia de verdaderos cementerios celtibéricos, donde se depositaban en urnas los huesos calcinados de los cadáveres. Este ritual de cremación era compartido con los vecinos íberos, sin embargo en estos momentos del s. III a. C., se diferencia de ellos por acompañarlos de un ajuar que nos muestra, a través del armamento y orfebrería depositada, la tecnología que alcanzaron y sus relaciones culturales. Entre la extensa panoplia de restos descubiertos podemos citar: arneses de caballo, puntas de lanza, umbos de escudo, espadas alargadas, similares a las que se utilizaban en las Galias, junto con otras cortas y características de la Celtiberia y territorio meseteño, con empuñaduras de antenas atrofiadas decoradas con nielado de plata, cuchillos afalcatados, tijeras de esquilar, diversas fíbulas para sujetar el *sagum* o capa, y broches de cinturón de tipología ibérica también decorados con nielado. Otra necrópolis, descubierta por el conde de Samitier junto a *Segeda II*, y con una probable datación en la transición del siglo II al I a.C., nos muestra el empobrecimiento del ritual dado que únicamente aparecieron las urnas que contenían los huesos de los difuntos, formadas por diversas cerámicas celtibéricas: cráteras, kalathos o vasijas globulares, actualmente depositadas en el Museo de Zaragoza.

Poco a poco los celtíberos se fueron integrando en los modos de vida romanos, su religión, sus casas, su comida, sus vestidos y su lengua fueron desapa-



Espada de Arcóbriga



Evolución de la capitalidad en la actual comarca de Calatayud, durante los siglos II y I a. C (según F. Burillo)

reciendo. Todavía Marcial en el siglo I d. C., llegado desde *Roma* a su tierra de *Bilbilis*, añora en su epigrama ese pasado que se desvanece para siempre:

«Que a nosotros, que nacimos de celtas
e íberos,
no nos cause vergüenza,
sino satisfacción agradecida,
hacer sonar en nuestros versos
los broncos nombres de la tierra nuestra.»

Podemos preguntarnos: ¿qué nos queda de ese pasado?. Quedan las mismas tierras transformadas; sus minas de cobre, plata y hierro ahora cerradas; sus bosques de carrasca reducidos en su extensión y en donde las bellotas, al dejar de consumirse, se pierden año tras año; sus campos, testigos mudos de la transformación de sus milenarios viñedos en los más productivos cultivos de parras en espaldera. Queda la Historia, que nos muestra cómo la etapa celtibérica marcó un antes y un después en el proceso histórico, que fue testigo del cambio más trascendental, la aparición de la primera ciudad-estado en este territorio, *Segeda*, que estructuró por primera vez el poblamiento de esta comarca de Calatayud. Pero las gentes que la habitamos somos otras gentes, hijas de otras costumbres, aunque enraizadas en su tierra, en su Historia.